

# ARTE E HISTORIA EN LA SEDE DEL PARLAMENTO CANARIO

## PRÓLOGO

*La versatilidad funcional de la arquitectura se pone de manifiesto, una vez más, en la historia interna de este edificio que hoy sirve de sede al Parlamento de Canarias. Nos encontramos aquí ante un fenómeno muy común, cual es el de aprovechar de la arquitectura su condición de sólido capaz, de mero contenedor como ahora se dice en detrimento del lenguaje y de la arquitectura. Lo que de negativo pudiera tener el «usar» un edificio con fines distintos a los contemplados en su proyecto inicial, muchas veces está ampliamente compensado por el simple hecho de haberlo conservado. ¿Qué sería de tantas y tantas viejas arquitecturas de no haber sido porque se aprovecharon después para albergar en ellas funciones muy diferentes? Nada o muy poco habría llegado hasta hoy. Si nuestros monasterios y conventos desamortizados en el pasado siglo, por ejemplo, no hubieran sido luego juzgados, cárceles, escuelas, hospitales, cuarteles, etc., hoy aquel patrimonio todavía sería de menor cuantía. Ciertamente es que en ocasiones estos cambios han producido daños irreversibles e incluso destrucciones totales, pero en otros casos subsiste al menos la fachada, el patio, el interior del templo, la escalera o algún otro elemento principal que hemos agradecido heredar. Todos sabemos de la preocupación por encontrar hoy usos para los edificios de ayer, pues su conservación y la rentabilidad de su restauración estriba precisamente no en reparar sus muros y cubiertas, sino en que éstos puedan dar cobijo a una actividad concreta que es, en definitiva, el mejor soporte vital de una arquitectura.*

*El edificio a que ahora nos referimos ha pasado de Teatro de Santa Cecilia a ser Parlamento canario, según estudia puntualmente Alberto Darias. Nada podemos añadir a la meticulosa investigación llevada a cabo sobre el edificio, vicisitudes de su historia y colección artística que allí se aloja, pero si quisiera hacer algunas reflexiones sobre esta tipología edilicia que el nuevo Estado de las Autonomías*

ha puesto de actualidad: el parlamento. No voy a hacer comparación alguna pero sería interesante conocer cómo se ha resuelto en las distintas comunidades autónomas la ubicación de su Parlamento, el carácter del edificio, nuevo o aprovechado, para comprobar la complejidad del tema, bien resuelto, a mi juicio, en el caso canario. Y digo bien resuelto porque no puedo por menos de recordar con simpatía que fue otro teatro el que, en condiciones dramáticas, sirvió en 1810 como salón para reunir las históricas sesiones de las Cortes generales y extraordinarias que luego tendrían su continuación en Cádiz donde se proclamaría la Constitución de 1812. Me refiero al Teatro Cómico de la Isla de León, luego Ciudad de San Fernando (1813), que era un modesto local en el que el Ingeniero y Capitán de Fragata don Antonio Prat hubo de acondicionar con rapidez la presidencia, bancos para los diputados, tribunas de oradores, etc., hasta convertirlo en un aseado salón de sesiones, donde tanto los representantes como público asistente se colocaba siguiendo el perímetro de la sala del teatro, dejando prácticamente vacío el espacio correspondiente al patio de butacas, en cuyo centro se colocaba la mesa de la presidencia. Un personaje de Galdós hacía en Cádiz, la siguiente descripción del local: «Estábamos en el palco de un teatro: a nuestro lado, en localidades iguales, veíamos multitud de señoras y caballeros, embajadores y otros personajes. Abajo, en lo que llamamos patio, los diputados ocupaban sus asientos en dos alas de bancos; en el escenario había un trono ocupado por un obispo y cuatro señores más, y delante los secretarios de despacho...» Luego el Teatro Cómico volvería a recobrar su anterior fisonomía pero, en cambio, trocó su nombre por el más grave de Teatro de las Cortes.

Aquellas sesiones continuaron en Cádiz donde esta vez se prefirió la cómoda disposición oval del Oratorio de San Felipe Neri, donde de nuevo los escaños se distribuyeron frente a frente, a modo de anfiteatro romano. No deja de ser curioso que fueron teatros y sobre todo iglesias, los edificios en los que se acoplaron nuestros primeros parlamentos y así, no sólo en el caso de Cádiz sino que de nuevo en San Fernando, finalizadas ya las Cortes extraordinarias (1813) y abierto el periodo de sesiones ordinarias, los Diputados se reunieron en la iglesia del convento del Carmen.

Entre tanto, en Madrid, José Bonaparte había iniciado una serie de reformas urbanas e imaginado nuevos usos para viejos y desamortizados edificios, encargando al arquitecto Silvestre Pérez la acomodación de un «Salón de Cortes» en la gran rotunda de San Francisco el Grande (1810). El proyecto, todavía conservado, muestra dos variantes pero siempre disponiendo los asientos en anillos concéntricos. Si avanzamos un poco más nos encontraríamos que al llegar las Cortes de Cádiz a Madrid, no tenían éstas donde reunirse por lo que de nuevo acudieron a un teatro, el ya desaparecido Teatro de los Caños del Peral, donde celebraron sus sesiones mientras buscaban un viejo edificio en el que instalarse. Este acabaría siendo la iglesia del antiguo convento de Doña María de Aragón, donde hoy se reúne el Senado. Para aquella memorable ocasión se improvisó, como se pudo, en la planta circoagonal del templo los escaños, presidencia y tribuna pública, si bien su existencia sería efímera en extremo, pues todo el entusiasmo de los doceañistas

por iniciar las sesiones en el nuevo edificio, en la memorable fecha del 2 de Mayo de 1814, quedó truncado dos días después con la firma del Decreto por el que Fernando VII abolía la Constitución y las Cortes, al tiempo que se declaraban nulos sus actos. Como recuerda Fernández de los Ríos, volvieron el culto a la iglesia y los frailes al convento.

Habríamos de esperar unos años, hasta 1820, para que reverdeciera, y sólo durante tres años, el régimen constitucional y con él la necesidad de un edificio en el que se pudieran reunir las Cortes. De nuevo se volvió a la iglesia del Convento de Doña María de Aragón, cuyas trazas se atribuyen al hijo del Greco, y allí se organizó un magnífico salón, reconocible en su actual estado. La obra se encargó entonces a aquel ingeniero Antonio Prat que acondicionó el Teatro Cómico de la Isla de León, y algo de esta disposición, cuyo funcionamiento había sido correcto, se repitió en la iglesia madrileña. Lo grueso de «la obra nueva del salón» estaba terminado el 23 de febrero de 1821, fecha en la que la Diputación permanente de las Cortes agradecía el «celo y esmero» con que Prat había realizado su trabajo. En aquel momento ya no aparece como ingeniero sino como «Inspector Arquitecto del palacio de las Cortes», primer profesional en nuestro país que obtuvo semejante nombramiento.

Transcurrido el Trienio Constitucional hubo un nuevo y largo intermedio hasta que en 1834, muerto ya Fernando VII, se convocan de nuevo las Cortes Generales y se reúnen en el gran salón del palacio del Buen Retiro, el que conocemos vulgarmente como Casón, y que hoy alberga bajo la gran bóveda de Lucas Jordán el «Guernica» de Picasso. Para aquella solemne sesión, presidida por la Reina Gobernadora se organizaron de nuevo presidencia, mesas y escaños. Pero lo importante de aquella ocasión, para el objeto que nos ocupa, es que el llamado Estatuto Real, cuyo principal mentor fue Martínez de la Rosa, abría la posibilidad de un sistema bicameral, hablándose ya desde entonces de Próceres y Procuradores, esto es de Cámara Alta y Cámara Baja, Senado y Congreso, lo cual obligaba a pensar en dos edificios. El Senado siguió reuniéndose en el mencionado ex-convento de Doña María de Aragón pero el Congreso iniciaría su andadura primero en la iglesia del Espíritu Santo, para pasar luego al Teatro Real, en cuyo Salón de Baile, también de planta circoagonal, transcurrieron sus sesiones en tanto se construía el actual edificio del Congreso de Diputados sobre el solar de la antigua iglesia del Espíritu Santo.

Probablemente, conocido así el resumen histórico de nuestros primeros edificios representativos, el hecho de que el Parlamento de Canarias tenga sus reales en el antiguo Teatro de Santa Cecilia, puede verse como algo natural y con honroso parecido a las vicisitudes de sus mayores.

Querría añadir, para terminar, algo que no resulta baladí y es el carácter de su fachada principal que viene a coincidir con la gravedad que de siempre han buscado los edificios parlamentarios. Si se hacen las excepciones del Parlamento de Londres y de la caprichosa arquitectura neogótica del de Budapest, los parlamentos han tendido, desde el siglo XVIII, hacia el lenguaje de los órdenes clásicos como expresión formal y símbolo moral de su alto cometido. Desde Viena hasta

*Washington estas arquitecturas se han sustraído de la efímera moda estilística del momento buscando una imagen estable que participara, más allá de la propia tradición local, de la idea más o menos utópica del «templum» griego como primera forma culta de la arquitectura europea en la que se aprietan las raíces de nuestra cultura. También en esto ha estado acertado el Parlamento canario al que no cabe sino felicitar por la elección de su sede, y por la publicación de este libro para el que ha sabido encontrar al autor más adecuado.*

*Madrid, Octubre de 1985*

*Pedro Navascués Palacio*